

La Sonata del Camino

Pablo Espinosa

El camino avanza autónomo, como si alguna fuerza sobrenatural jalara desde el otro extremo su expresión cansina de cinta blanca que se vuelve sepia, curva, asciende y desciende, y nunca termina su danza lenta, apaciguada.

Desde lo alto del carruaje, observamos ese movimiento continuo como si en nuestro asiento estuviésemos inmóviles y fuera el sendero amplio, frente a nosotros, el único que tuviese movimiento.

En un instante imperceptible, ya no estamos en lo alto. Ahora vemos una carretera, igualmente blanca tornada a sepia, que se mueve a mayor velocidad y nuestro punto de vista se parece a una pantalla de cine.

Las imágenes se suceden sin orden ni concierto. No hay espacio, no hay tiempo. Los restos diurnos se mezclan con la actividad de la mente mientras el cuerpo está quieto.

Cambian las escenas de manera vertiginosa. Si estamos en una ciudad determinada y en una era antigua, de improviso nos ubicaremos en otro lugar y en otro momento de la historia.

Es la lógica de los sueños.

El sonido sordo de cascos de caballo sobre el polvo blanco debajo del carruaje nos anuncia que hemos llegado a algo. No sabemos qué, pero todo da la sensación de estancia.

—¿Qué país es éste?, ¿qué idioma se habla aquí? —pregunta Nannerl amodorrada.

—Me han dicho que cuando vea que el camino se detiene en polvo y no distinguamos con nitidez los árboles por causa de una bruma semidensa, bauticemos ese sitio como Umbría —responde Volfi detrás de las cartas de póker habilitadas para jugar Solitario.

—¿Umbría? Se me antoja para una pieza a cuatro manos, tú y yo, con pasajes saltarines, mucha bruma, polvo blanco y un movimiento en bamboleo frente a una visión blanca y sepia que nunca deja de moverse: la Sonata Umbría.

—Lo que tú describes con esa música, querida hermana narigona, no es este sitio en medio de la nada donde estamos como flotando, sino aquello que desde hace horas, ¿o milenios?, teníamos frente a nuestros ojos: el camino. En cuanto mamá despierte a papá y nos cause mucha gracia la manera como Ana María conmine a Leopold a bajar con cuidado extremo el pianito que viene bamboleándose en la parte de atrás del carruaje, empezará a sonar, de tus manitas rollizas y de mis cortas falanges, la Sonata del Camino, ¿me escuchas, hermana cairelitos? Pareces muda, pero sé que me oyes.

—Por supuesto que te escucho, Volfi. De lo que no te has dado cuenta es de que estamos sentados conversando en el fondo del río.

—¡Cierto! ¡Qué líquido más acariciante y cristalino! Hermanita cosquillitas, no sabía que podíamos hablar bajo el agua.

El sobrevuelo de una mariposa entre ese espacio elástico, lejos-cerca, lejos-cerca, cada vez más cerca, que unía la copa de los árboles con la superficie nudosa del río, los meció cálidamente.

Algo parecido a un tic tac tic tac sonaba a lo lejos y desde esa lejanía que tremolaba como un espejismo en el desierto, vieron claramente a un anciano que pasaba frente a sus ojos, y perpendicular al horizonte gritaba su nombre al viento: Feng Yieng Feng Yieng Feng Yieng. Y el sonido reverberaba hacia lo alto, hacia las montañas: Feeeenggg Yiiiieeeng Feeeeng Yiiiieeeng.

Tenía aspecto de guerrero pero visto de cerca le brillaba su sabia mansedumbre en forma de lágrimas brillantes que tomaban cauce propio, como ríos, a través de las arrugas de su rostro, montado en los hombros de su alumno, que recibía sobre su rostro la cascada de lágrimas y hacía preguntas que recibían esta respuesta:

“No conozco la felicidad; restauro instrumentos musicales y me muero de hambre. Soy muy viejo. Dentro de poco hará once mil años que padezco de la vida. ¡Dentro de poco hará once mil años que reparo, en vano, lo irreparable! ¡Dentro de poco, hará once mil años que no muero de verdad! Aquí donde me ves, yo fui un león, fui el pabellón del oído de una viuda. ¡Fui una nube rosada en la aurora! Fui un pan de uvas. Fui un pez marino. ¡Fui una pequeña frambuesa algo velluda entre los dedos húmedos de un niño!”

—¡Volfi, estás llorando!

—Lo que ese anciano recita al viento sobre los hombros de su alumno —responde el niño— lo escribió mi amigo Pascal Quignard. De tan bello siempre me hace llorar. Cuando en nuestras pláticas se cuele la música, es decir siempre, todas las veces me sorprende con sinfonías poderosísimas, como el estruendo de la lágrima que deja caer una *geisha* mientras está en posición de cuatro patas sobre el impoluto piso de madera.

Siempre le he dicho a mi amigo Quignard —continúa, enjugando sus lágrimas el niño Volfi— que en lugar de “La lección de música” debería titular a su relato “La Sonata del Camino”, pues es en el camino donde el maestro Feng Yieng transmite sus enseñanzas a su alumno, Pu Ya.

—El camino, recuerdo que tu amigo Siddhartha Gautama puso nombre al camino: el Dharma —le hizo notar Nannerl.

Volfi unió entonces sus dedos pulgares a los índices, cerró aún más los ojos y se puso a improvisar sobre el pequeño piano de colores que Leopold había depositado a la orilla del río.

Una mariposa de colores cálidos le sobrevoló y se posó sobre su larga cabellera.

—¡Es ella, es ella! ¡Es Dalis! —danzaba Alejandra y le mostraba algunos acordes nuevos en el piano—. ¡Es ella! Y entonces la mariposa suavemente realizó una pirueta llena de gracia y puso a palpar sus alas sobre la casaca carmesí de Volfi, exactamente junto a su corazón.

Cliiiiiickkkk, se escuchó el obturador y enseguida apareció sobre la mesita de noche esa imagen impresa en papel fotográfico y al sonido deslizado digital siguió un alegre cántico conjunto de aves que cada mañana revolotean sobre esa cabellera y esa mariposa, convertidas por gracia del vuelo en sonrisas luminosas.

—Vuelo, vuelo, ¡vuelo, Volfi, mira!, ¡vuelo!

—Hermanita pechugoncita, estamos volando. No nos ven ellos, pero parecen muy animados con sus copas en las manos y las sonrisas en las caras. Mira, ese rechonchito de pelo largo que le dice cosas lindas en alemán a esa hermosa dama, se apellida Stockhausen. Me ha contado que escribe su música mientras sueña y que mientras sueña, vuela y que ve a los demás exactamente igual como lo vemos a él entre la multitud: en contrapicada.

—¿Contrapicada, hermanito narigón? Eso no es contrapicada, estás tocando tu sonata tirado en el piso, debajo del piano y tus manos sobre el teclado más bien parecen garzas. Ellas sí que vuelan, hermanito nalgoncito.

—No son garzas. Es un colibrí. Bueno, son dos: izquierdo y derecho, izquierdo y derecho. Mira, uno de ellos se posó sobre mi codo izquierdo, que por la posición del pasaje que estoy tocando en el piano, quedó exactamente a la izquierda de mi corazón.

El colibrí se desdobra: son ahora dos. Uno de ellos se posa sobre la palma extendida del niño. Platican largamente.

Cliiiiiick, el chirrido electrónico de la cámara se convierte en la imagen del colibrí sobre la palma de la mano del niño. Delante de la fotografía impresa, Chabela



Wolfgang Amadeus Mozart y su hermana María-Anna, en dos retratos atribuidos a Prieto Antonio Lorenzoni, 1763

observa con sus hermosos y mágicos ojos verdes y maúlla.

—No te has dado cuenta, Volfi, pero *Chabela* ya enseñó a hablar gato a mami y papi.

—Es que *Chabela* habla humano, hermanita mullidita.

Chabela clava entonces la mirada en algún punto entre el techo y el piso de la estancia y la distancia se vuelve elástica: lejos-cerca, lejos-cerca, cada vez más cerca.

—¿Qué ve *Chabela* que nosotros no podemos ver, hermanito panzoncito?

—Le llaman magia, Nannerl. Así nada más: magia.

El camino se bifurca. Más adelante, en medio del bosque, en otras ocasiones que transitaban este camino, siempre aparecían peligros acechantes. Presencias ominosas que, con la música acompañada del casco de los caballos y los ronquidos de papi junto al niño, se volvieron paisajes agradables.

Donde habitaba el miedo ahora es un oasis donde flotan flores de loto, danza ondulante hacia arriba el humo del incienso y una parvada de aves completa un coro polifónico exultante y calmo.

—*Ave Verum Corpus*. Así se llama, hermanita sonrientita.

—¿Sabes, Volfi? De repente me ocurre que tengo la certeza de que estamos aquí, pero mi intuición me dicta que hay una dimensión junto a nosotros que palpita, ¿no te has preguntado, Volfi, por qué de repente estamos en una ciudad y en un instante imperceptible se llama de otra manera y hoy es pasado mañana?

Sintió claramente Volfi cómo la sonrisa de la niña tenía la estructura exacta de lo que acababa de escribir: el movimiento lento de su *Concierto 21 para piano*. Se sintió flotar frente a esa sonrisa y cuando una frase musical, en esa atmósfera de paraíso, se convertía en la siguiente, ya estaba platicando con su hermana bajo las aguas del río y en la siguiente frase tomaban un café bajo el cielo de plumas de palomas de la plaza de San Marcos, en Venecia.

—¿Qué hacemos aquí, Volfi, en pleno centro de Berlín?

—Es que en la siguiente frase que escribí del *Concierto 21*, retraté el momento en el que abrimos la boca frente al asombro de los edificios que rascan el cielo y pueblan ahora la Potsdamer Platz y exclamamos juntos, cuando descubrimos el edificio que construyó mi amigo Renzo Piano: ¡esto no es una ciudad, esto es una exposición del arte de la arquitectura!, hermanita luminosa.

Los edificios se recortan en la placidez del atardecer: el claroscuro suena: *Música Masónica*. Volfi camina sobre el puente de Carlos, en el corazón de Praga y mientras va en dirección del castillo se encuentra con un hombre flaco y amarillo, enfundado en un traje muy oscuro: la justicia debería ser para todos, las puertas del castillo deberían estar abiertas siempre para todos, repetía el hombrecillo mientras se quitaba y se ponía su sombrero bombín.

Y seguía su camino.

Volfi también siguió caminando. Se halló de pronto en el interior de una sala de redacción, se sentó frente al papel en blan-



co, mojó la pluma de ganso en la oscura tinta cuando algo llamó su atención: en la mesa de junto, detrás de una pila de papeles y legajos, debajo de millares de documentos contables, el hombrecillo del bombín se convirtió en gigante de poderes mágicos cuando su pluma de ganso, a la que se aferraba como un condenado, puso dos palabras sobre la hoja que colocó encima de las otras que había convertido en manuscritas: El Proceso.

Praga relucía.

Las buganvillas se trenzaban con las flores de jacaranda. Un colibrí libaba de una flor lila y pasaba a la siguiente y a la siguiente, y entonces se escuchaba el rumor de la lluvia sobre el tejado, a lo lejos, lejos, lejos: suave, una frase se engarzaba con la siguiente, el color encendido de la flor de buganvilia se trasvasaba, como fuego prometeico, al lila acuoso de la jacaranda: *Concierto para clarinete*.

En un giro inesperado, el movimiento lento del *Concierto para clarinete* se convirtió en giro de rumba, arrebató de montuno, zumbido de son cubano: una multitud embelesada rodeaba el *ring* de la Arena México de la capital del país, convertida en sala de conciertos.

—Irakere, así se llama el grupo, hermanita, me pidieron permiso de hacer un arreglo de mi *Concierto para clarinete*, pero en versión de son cubano y me encanta el resultado, bailemos, hermanita rumberita.

De repente, entre el graderío que estaba en gritos y pataleos de júbilo, y carcajadas de placer, se hizo un silencio improbable y en ese instante emergió desde el rincón de la tribuna el grito de una joven en delirio:

—¡Nuuncaaa se muueeeraaaannnn!

Los músicos le respondieron con una sonrisa unísona y una descarga mayor de rumba.

Volfi se revolvió entre las sábanas. Su respiración pasó del traqueteo rumbero hacia un acompasado diapasón, un oleaje que descende y mece suave, muy suavemente.

Vio entonces en el horizonte cómo emergió desde el Pico de Orizaba un arcoíris y la curva de colores se elevó y alcanzó su otra punta en el Cofre de Perote. Los dos extremos nevados de este puente colorido refulgían mientras Volfi abría más la boca, asombrado y feliz.

Tomó un mecate y ató a su cintura un tenate de palma y se dispuso a cortar el café de los arbustos que esplendían, verde intenso, rojo carmesí.

—¿No te salieron callos en las manos por ordeñar las vacas en la madrugada, hermanita rancherita?

—Tienes manos de pianista, Volfi: apenas cortaste en cachitos los troncos de árbol de plátano para alimentar a las vacas hoy al despertar y te salieron muchos callos, hermanito delicadito.

Treparon sobre los lomos de un potro y una yegua, sin silla, a pelo, trotaron por el camino. Se bañaron en el río y volvieron, felices, al camino.

—*Sonata del Camino*, me parece, es lo más lindo que has escrito, Volfi. Tócala otra vez, hermanito cariñosito.

Las notas desde el piano se convirtieron en arbustos de café, y encima de ellos plataneros y más arriba hermosos, gigantes árboles de mango manila.

Volfi sonreía. La brisa ligera de la mañana llegaba a su rostro. Elevó la vista para seguir el movimiento del arcoíris, que se bamboleaba: una cinta de colores que se vuelve sepia, curva, asciende y descende, y nunca termina su danza lenta, apaciguada.

Extasiado frente a tanta belleza, Volfi se hizo bolita. Se acurrucó, casi en posición fetal. Movía los labios, pero su voz no salía, sin que eso le causara angustia alguna.

Empezó a escuchar un zumbido intermitente que iba y venía suave, hacia arriba, hacia abajo, hacia los lados y de pronto se detenía frente a su rostro para rematar con un chasquidito tenue, apenas perceptible.

El sonido se hizo más y más profundo, más y más cercano, la distancia que media entre el sueño y la vigilia se hizo elástico: lejos-cerca, lejos-cerca, cada vez más cerca.

Entonces despertó.

Sobre su codo izquierdo, muy cerca de su corazón, un colibrí hacía graciosos chasquiditos con su largo, delicado pico, mientras sus ojos oteaban el ambiente, giraba su pequeña, delicada cabeza emplumada en color diamante hacia todos lados, y cuando sus canicas oculares se encontraban con la mirada del otro, brillaban más.

El vuelo del colibrí sobre su rostro lo devolvió al camino.

Después de una noche apacible donde vivió con intensidad una serie de hermosos sueños, Wolfgang Amadeus Mozart despertó convertido en una mejor persona: una dulce sonrisa iluminó su rostro.

Todo ha sido un sueño. En realidad, muchos sueños. Porque, podemos leer en *Las mil y una noches*: “la verdad no está en uno, sino en muchos sueños”.

El desconcierto que en vigilia causa el ritmo, la lógica, el aparente caos narrativo de los sueños, queda explicado ahora que Volfi ha despertado.

Vivió en una sola noche las varias vidas que se viven en los sueños.

Se incorporó de la cama. Se sentó frente a la página de papel en blanco y se puso a escribir sus sueños, que están transcritos en los párrafos anteriores de este texto.

Sobre la palma abierta de su mano izquierda sostenía, muy cerca de su corazón, un hermoso colibrí, el que con el zumbido de su sobrevuelo lo había despertado.

Cantaron unísonos. **U**